

de estudios, fatigas y dispendios, pretendiesen algunos que el importante y delicadísimo ministerio de la predicación, que tanto contribuye para la salvación de las almas, hubiera de ejercerse sin arte y sin estudio. Por qué, dicen, no se ha de imitar la sencillez de San Pablo, que decía de sí mismo: «No vine con sublimidad de palabra ni de sabiduría á anunciaros el testimonio de Cristo. Porque yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y éste crucificado... Y mi conversacion, y mi predicacion no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud; para que vuestra fé no consistiese en sabiduría de hombres, sino en virtud de Dios (1). Aunque tosco en el lenguaje, mas no en el saber (2).» «Siempre he venerado, decía San Jerónimo, la santa sencillez;» pero el que quiera imitar en la predicacion el lenguaje sencillo de los Apóstoles, que comience por imitar su vida y por hacer milagros como los hacian aquellos varones en quienes la santidad cubria la sencillez, y los cuales deshacian los sofismas resucitando muertos: «Et syllogismos Aristotelis, contortaque Crysipi acumina, resurgens mortuus confutabat.» «Poco caso haría yo de la elocuencia, decía San Gregorio Nazianceno á sus envidiosos adversarios, si tuviera el poder de hacer milagros.» «Preciso es, exclama San Juan Crisóstomo, desconocer los planes de Dios y su sabia providencia, para atreverse á comparar los tiempos presentes con los apostólicos, y los predicadores de hoy con los de aquella época en que el Señor confirmaba la predicacion con milagros portentosos, quitando á los incrédulos presentes y futuros el que pudieran atribuir la propagacion del Evangelio á la sabiduría y elocuencia de los hombres.» El mismo Santo Doctor añade, á los que alegan contra la elocuencia las palabras ántes citadas de San Pablo, que no han comprendido su verdadero sentido, puesto que de ellas sólo se infiere que el lenguaje del Apóstol no era elegante, pero no que no fuese elocuente; recuerda sus triunfos oratorios, y prueba que era elocuentísimo ántes, como despues que hiciera milagros; «Ante signa et in mediis signis.» Dar el sentido que se pretende á las palabras de San Pablo, es, dice el Crisósto-

(1) I Corinth., II, 1, 2, 3, 4 y 5.

(2) II Corinth., XI, 6.

mo, un pretexto para encubrir la propia indolencia y aversion al trabajo.» «Hæc obtentus sunt et prætextus ac segnitiei ignaviaeque excusationes.»

Lactancio forma época en la historia de la elocuencia cristiana: no sólo dió el ejemplo combatiendo á los enemigos de la Religion elocuentísimamente, y se lamentó de que los defensores del Cristianismo no se sirvieran de la elocuencia para atraer á los que nada quieren oír ni leer, á no estar revestido de formas agradables, «qui nihil audire, vel legere, nisi expolitum ac disertum volunt;» sino que además probó con sólidas razones la necesidad de servirse de la elocuencia para defender el Cristianismo: colocado en los confines del tiempo, de la predicacion apostólica y del de la predicacion ordinaria, es, á nuestro parecer, el heraldo del siglo de oro de la elocuencia cristiana. En sus obras, como en las de los Santos Padres, aprenderán los jóvenes la teoría y la práctica; y ante las lecciones y ejemplos de estos grandes hombres, desaparecerán por entero las vanas razones que se alegan contra el arte cristiano, á cuyo estudio es preciso dedicarse durante la juventud, segun el consejo de San Agustin, y ántes que las graves ocupaciones del ministerio sacerdotal absorban todo el tiempo.

LECCION V.

La virtud y la ciencia son necesarias al orador cristiano.

De nada servirá el arte para ser elocuente á quien carezca de ciencia y de virtud: en la juventud suele formarse el hombre tal cual ha de ser en lo restante de su vida; el joven que aspira á ser predicador elocuente, debe afianzarse en la virtud y adquirir la ciencia en aquella edad dichosa.

La elocuencia consiste en comunicar al espíritu de otro la luz que alumbra el nuestro y el movimiento de nuestra alma, enseñando, agradando y persuadiendo; «ut doceat; ut delectet, ut flectat.» dice San Agustin. Alguna vez la enseñanza sola bastará para agradar y mover; pero nunca se podrá agradar y mover sin instruir, puesto que la razon preside y dirige todas nuestras operaciones: el instruir es de necesidad y no podemos aspirar á mover la voluntad del hombre ántes de instruirle, «prius... do-

cendi sunt quam movendi.» Siendo, pues, el primer resultado de la elocuencia la ilustración del espíritu, el que por falta de ciencia no pueda enseñar, está radicalmente imposibilitado para predicar con elocuencia. Los Santos Padres, al inculcar la necesidad de la ciencia en el orador cristiano, no hacen más que seguir las prescripciones de una razón filosófica.

Un ser inerte no puede ser principio de movimiento, y el corazón que no ame á su Dios, ni á su prójimo, será un corazón inerte y helado que no podrá difundir el calor de que carece.

Es notable el interés y la convicción con que Cicerón y Quintiliano (1) sostienen que no puede ser elocuente el hombre que no sea virtuoso: enseñar la elocuencia á quien carezca de virtud, dice Cicerón, es entregar una arma mortífera á un demente; y Quintiliano recelaba si habría causado un mal dictando sus bellas lecciones de elocuencia, por temor de que hombres sin buenas costumbres pudieran abusar de ellas: así se pensaba y se escribía en medio de las tinieblas del paganismo; esto decía la luz natural á aquellos hombres privados de la sobrenatural.

Alumbrados por esta divina luz los Padres de la Iglesia, inculcan al orador cristiano la práctica de la virtud, no tan sólo por el peso y autoridad que el buen ejemplo da á la doctrina, ni por el desprecio en que ésta cae cuando la desmiente ó contradice la vida del orador; ni, en fin, por la obligación especial que de vivir cristianamente tienen los ministros del Evangelio, sino atendiendo al constitutivo esencial y á la estética de la elocuencia; sabían sobradamente que quien desee mover se ha de mostrar él mismo conmovido: «si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.» Sólo de un corazón abrasado en el amor divino pueden salir los dardos que atraviesen el corazón del pecador, ó aquellas palabras de fuego, como las llama San Gregorio, que producen en el corazón cristiano

(1) *De orat.*, lib. I, núm. v y vi, tom. II, pág. 6; lib. III, núm. XIV, pág. 234.—*Orator.*, núm. XXXIV, tom. I, pág. 316.—*Inst.*, lib. VIII, proemio núm. IV, tom. II, pág. 25; lib. II, cap. XXII; tom. I, número CXLV; lib. XII, cap. I; tom. II, pág. 345.—Téngase presente que Quintiliano escribía en medio de las tinieblas del paganismo: su doctrina no es tan pura ni tan recomendable como su didáctica; conviene leerle con las notas de los Padres Rodríguez y Sandier, de la Escuela Pia.

los grandes incendios del amor divino: «Qui ab eorum exhortationibus verba flammantia ad aures audientium procedunt... quando vix tenuiter prædicator loqui sufficit hoc, unde ipse fortiter ignescit.»

Cierto es, y los Santos Padres lo reconocen, que siendo la virtud tan bella, puede suceder que el mismo que no la practica la ame al contemplarla, y contribuya á que la amen aquellos á quienes logre presentarla con los rasgos de su intrínseca belleza; pero este movimiento del orador, excitado con trabajo y estudio, ha de ser ficticio, se sostendrá difícilmente y no podrá ménos de resentirse de la lucha del hombre interior, que enmudece el habla, según San Ambrosio, si la conciencia está enferma: «Et ipsa obmutescit facundia, si ægra sit conscientia.»

La virtud, pues, y la ciencia son necesarias para que el orador cristiano sea perfecto: «terminus perfectissimus doctrinæ:» al que le falta una de estas dos cosas, le compara el Nazianceno á quien carece de un ojo; torpe para mirar, desagradable para ser mirado; y en concepto de San Hilario, el que haya de ser perfecto, necesita que la doctrina sea el ornamento de su vida, y ésta el decoro de su doctrina: «Vita ejus ornetur docendo, et doctrina vivendo.» Verdad es que cuando ambas cosas no se obtienen, es preferible una santa sencillez á la elocuencia del pecador, «quam eloquentiam peccatricem;» pero no es ménos cierto que el ministro virtuoso y sin ciencia sólo es bueno para sí é inútil para los demás.

¿Cómo no lamentar la impaciencia de algunos jóvenes, á quienes para subir al púlpito les parece largo el tiempo que invierten en sus estudios elementales, que no son más, entiéndanlo bien, que los cimientos sobre que han de levantar más tarde el sólido edificio de una instrucción amplia y perfecta? ¿De cuán diferente manera pensaba San Agustín! Encargado por el Obispo Valerio del ministerio de la predicación, lloraba, y pedía tiempo para prepararse con el estudio, con la oración y con las lágrimas. ¡Cuán distintos eran los sentimientos de San Ambrosio! Obispo ya, se lamentaba de tener que enseñar, «antes, decía, de haber aprendido.» «Jóven irreflexivo, exclama el Nazianceno, Jesucristo no predicó antes de los treinta años, y tú imberbe, crees poder enseñar á los ancianos careciendo de la autoridad que dan los años y la virtud?» «Docere te posse credis, nec ab ætate, nec á moribus fortasse auctoritatem habens.» «Tu precipitacion,

añade San Gregorio Magno, no sólo te inutiliza al presente, sino que te impide hacer progresos: quieres volar ántes de tener alas, y caerás para no volverte á levantar: «ire in alta cupiunt inde in ima merguntur.» ¡Ay de los que dejan pasar los días fugaces de la juventud sin acaudalar tesoros de virtud y de ciencia! Triste será su suerte y grande su responsabilidad cuando deban y no puedan ser elocuentes! Y ¡ay de los que, colocados ya entre el cielo y la tierra para anunciar á los hombres la ley santa de Dios, ni la estudiamos ni la practicamos! ¿Por qué, dice San Ambrosio, el tiempo que nos dejan libre las funciones del ministerio, no le pasaremos en el retiro, hablando con Cristo en la oracion y oyendo á Cristo en la leccion? «Christum alloquaris, Christum audias? illum alloquimur cum oramus, illum audimus cum divina legimus oracula.»

LECCION VI.

Del estudio de la Sagrada Escritura.

El estudio de la palabra de Dios escrita y tradicional es de necesidad absoluta para el orador cristiano. San Atanasio ha señalado con enérgica concision dónde está la palabra de Dios: «Quam scilicet Dominus tradidit, Apostoli prædicavere, et Patres servavere.» Más adelante hablaremos de los escritos de los Santos Padres; fijemos ahora nuestra atencion en la Sagrada Escritura, libro que, segun San Gregorio Magno, jamás debe dejar de las manos el predicador.

Recordemos el origen de la elocuencia sagrada, y cuál es la mision del orador cristiano. Jesucristo dijo: «id... y enseñad á todas las gentes... á observar todas las cosas que os he mandado (1); predicad el Evangelio á toda criatura (2).» Los Apóstoles cumplieron su mision, «salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmando su doctrina con milagros (3).» San Pablo decia: «Somos embajadores en nombre de Cristo,

(1) San Math., xxviii, 19, 20.

(2) San Marei., xvi, 15.

(3) San Marei., cap. xvi, vers. 20.

como que Dios os amonesta por nosotros... (1). Así nos tenga el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Ahora lo que se requiere en los dispensadores es que cada cuál sea hallado fiel (2).»

Fiel, fidelísimo dispensador fué el Apóstol: «Vine, decia á los corintios, á anunciaros el testimonio de Cristo. Porque yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y éste crucificado... Mi conversacion y mi predicacion no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud: para que vuestra fé no consistiese en sabiduria de hombres, sino en virtud de Dios (3).» No predicaba, no, la ciencia humana ni la sabiduria de los hombres, sino la palabra de Dios que le habia sido revelada por el Espíritu Santo (4); que habia aprendido tratando y conversando con los otros Apóstoles y discípulos (5), y con el estudio del Antiguo Testamento, que tan á menudo citaba en sus discursos.

Lo que Pablo practicó, eso mismo mandaba hacer á sus discípulos Tito y Timoteo en aquellas tres cartas que les dirigió, y que, en opinion de San Agustin, siempre deben tener á la vista los predicadores del Evangelio; en ellas se ve la insistencia con que les recomienda que se guarden de predicar la ciencia humana, y que se atengan á las palabras de Jesucristo: «sanis sermonibus Domini Nostri Jesuchristi (6);» en ellas se leen estas notables palabras que decia á Timoteo: «persevera en las cosas que has aprendido, y te se han encomendado: sabiendo de quién las aprendiste y que desde la niñez aprendiste las Sagradas Letras... Toda Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para reprender, para corregir, y para instruir en la justicia (7).» El orador cristiano, pues, que no lee y medita la Sagrada Escritura se aparta del ejemplo de los Apóstoles, renuncia su elevada mision, abdica su noble carácter de embajador de Cristo, y no puede ser considerado por el pueblo fiel como dispensador de los misterios de Dios.

Y no debe limitarse á leer uno que otro de los libros

(1) II ad Corinth., vers. 20.

(2) I ad Corinth., iv, 1, 2.

(3) I ad Corinth., ii, 1, 2, 4, 5.

(4) I á los Corinth., cap. ii, vers. 10.

(5) *Hecnos apostol.*, cap. ix.

(6) I ad Timoth., vi, 3.

(7) II ad Timoth., versículos 14, 15, 16.

sagrados; la Escritura entera debe ser el objeto de su perseverante estudio; así lo inculca San Juan Crisóstomo, lamentando la conducta de los que leen sólo aquellos libros ó pasajes de su gusto particular. A esto no se opone, sin embargo, el estudio más asíduo de aquellos libros que puedan ser de mayor utilidad para el predicador. Los Santos Padres recomiendan, entre los del Antiguo Testamento, los Salmos de David; y San Atanasio, San Basilio, San Ambrosio y San Hilario han analizado el Salterio, señalando los tesoros que en él existen, y deben aprovechar para el ejercicio de su ministerio los predicadores de la divina palabra. En el Nuevo Testamento, salvo el Evangelio, que es el alma y la vida de la predicación, San Juan Crisóstomo dice que las epístolas de San Pablo son una mina riquísima, una fuente inagotable, y que á esta mina y á esta fuente han recurrido todos los oradores pasados, como acudirán cuantos prediquen en lo sucesivo, sin que ni el oro de esa mina ni el agua de esa fuente se consuman, sino, al contrario, se aumenta, «*Augetur et multiplicatur... numquam omnino absumi possunt.*» «Si es que yo sé algo, añade, lo debo al grande estudio que he hecho de las cartas del Apóstol.»

Tal vez pregunte alguno, dice San Agustín, si los escritores sagrados, además de enseñar la sabiduría, fueron elocuentes; esa cuestión está para mí resuelta, pues no encuentro escritos de mayor ciencia ni más elocuentes: «*Non solum nihil eis sapientius, verum etiam nihil eloquentius mihi videri potest.*» y no se contenta el Santo con afirmar esto, sino que lo prueba teórica y prácticamente, analizando, como buen maestro, vários pasajes de los Libros Santos. ¿Y qué extraño es que así sea, dice, cuando fueron enviados aquellos escritores por el Autor mismo del ingenio y del talento? «*Quos ille misit qui facit ingenia.*» En hora buena que algunos libros sagrados, en especial del Nuevo Testamento, carezcan de elegancia; los Santos Padres lo reconocen y explican el por qué ha debido suceder así; no obstante, place su misma sencillez, y, como dice San Jerónimo, en nuestros Libros Santos hasta la corteza brilla, mas lo que hay debajo es sobremansa dulce. «*Nitet... in cortice, sed dulcius in medulla est.*» Lo grande y lo tierno, lo triste y lo vehemente, como lo patético, todo se encuentra en los Libros Santos; aunque, según San Agustín, se escribieron sin la intención de que fueran elocuentes, la grandeza misma de las co-

sas lleva consigo la elocuencia, que, como servidora obligada, sigue sin ser llamada: «*Et tamquam inseparabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam.*»

Aun cuando el orador cristiano pudiera prescindir, que no puede, del estudio de la Sagrada Escritura, debería leerla siquiera no fuese más que para adquirir la elocuencia varonil y llena al mismo tiempo de dulzura y unción penetrante. ¡Cuántos talentos se pierden para la elocuencia del púlpito por carecer de este indispensable estudio! Otros muchos, dotados de bellas disposiciones, pronuncian discursos que por su estilo elegante, por su lenguaje correcto, y aún por el mérito de los pensamientos, captarian justamente la atención en una Academia; sin embargo, pronunciados en la cátedra del Espíritu Santo, son como una armonía que tan sólo recrea el oído, dejando fría el alma; sus palabras son bellas, pero no pasan de ser palabras del hombre; faltales aquella vida esencial, aquella sávia vivificante, aquel sabor celestial, aquella dulce emoción y aquella unción penetrante que sólo viene de Dios, que sólo se aprende en la Sagrada Escritura, y que sólo se expresa con el lenguaje de los Libros Santos. «*Vuestros discursos son bellos, pudiéramos decirles como San Jerónimo á Paulino; teneis buenos principios. ¡Oh lo que pudiérais ser dedicándoos al estudio de las Santas Escrituras! Si en vuestros discursos pudiéramos encarnar el estudio de esos Libros, nada habría más bello y más docto; nada más dulce y sabroso.*» «*Si haberes hoc fundamentum imo si quasi extrema manus operi tuo induceretur, nihil pulchrius, nihil doctius, nihil dulcius.... tuis haberemus voluminibus.*»

Predicadores de la divina palabra: por el honor de vuestro ministerio; por los intereses eternos que debeis promover; por la salvación eterna de las almas que adoctrináis; por la gloria de Dios que os ha enviado, leed, estudiad, medita la Sagrada Escritura; que ella nutra vuestro espíritu, alimente vuestra alma é inflame vuestro corazón; que su lenguaje sea vuestro lenguaje: ¡Oh! Si á los dones naturales con que el Señor os ha enriquecido, decia San Jerónimo á Paulino, se agregara el estudio y la inteligencia de la Sagrada Escritura, ¡qué pronto llegaríais á la cima de la elocuencia! «*Huic prudentiæ et eloquentiæ si accederet vel studium, vel intelligentia Scripturarum, viderem te brevi arcem tenere...*»